

que aquello duraba meses y, sin embargo, los minutos pasaban rápidos. En el interior de las tierras, hacia Donchery, tuvieron miedo de los caballos y les fué preciso esconderse detrás de una pared; se quedaron allí mucho tiempo mirando, con sus ojos lánguidos, esos galopes de animales locos que pasaban rápidos bajo el cielo rojizo.

Como Mauricio lo había previsto, los millares de caballos aprisionados con el ejército y que no podían mantener, eran un peligro que aumentaba cada día. Primero habían comido la corteza de los árboles, después atacaron á los emparrados, á todas las maderas que encontraban y ahora se devoraban entre sí. Se les veía tirarse unos sobre otros para arrancarse las crines de la cola que mascaban furiosamente. Pero por la noche, eran terribles, como si la obscuridad los hostigase con horribles pesadillas. Se reunían, se lanzaban contra las escasas tiendas de campaña que aun permanecían de pie, atraídos por el olor de la paja. Inútilmente se habían encendido hogueras para alejarlos, éstas parecían excitarlos más. Sus relinchos eran tan lamentables, tan horrorosos, que parecían rugidos de animales salvajes. Los ahuyentaban y volvían en mayor número y más feroces. Y á cada momento surgía de las tinieblas el grito de agonía de algún soldado extraviado á quien acababan de aplastar al galopar furiosos.

El sol permanecía aun en el horizonte cuando Juan y Mauricio se disponían á regresar al campamento. En el camino se encontraron con los cuatro compañeros de la escuadra, medio enterrados en una zanja. Loubet los llamó y Chouteau les dijo:

—Estamos tratando de la cena de esta noche... Vamos á morir de hambre, pues hace treinta y seis horas que no comemos nada... Y como hay caballos y la carne de caballo no es mala...

—¿No es verdad, cabo? Forma usted parte de la expedición y cuantos más seamos mejor... Mire usted, hay allí uno rojo, grande, al que estamos acechando hace una hora. Parece que está enfermo y le acabaremos antes.

Y señalaba un caballo á quien el hambre había hecho caer sobre el costado, levantaba á veces la cabeza, paseaba alrededor unas miradas tristes y volvía á dejarla caer.

—¡Qué pesado es!—gruñó Lapouille, á quien su enorme apetito torturaba.—Voy á acabarle, ¿queréis?

Pero Loubet le detuvo. ¡No, no! Los prusianos habían prohibido que se mataran caballos bajo pena de muerte, por temor á que sus cuerpos produjeran la peste. Había que aguardar á que fuera de noche y por eso los cuatro estaban allí, en la zanja, aguardando, sin perder de vista al caballo.

—Cabo,—dijo Pache con voz temblorosa,—usted que tiene tanta maña ¿no podría usted matarlo sin hacerle daño?

Juan se negó á hacer lo que le pedían. ¡Aquel pobre animal que agonizaba! ¡No, no! Su primer pensamiento fué huir con Mauricio para que ni uno ni otro tomaran parte en aquella horrible matanza. Pero al ver tan pálido á su compañero tuvo lástima de él. Después de todo, se dijo, los animales se han hecho para que los coman las personas. No podían buenamente dejarse morir de hambre teniendo allí carne. Y se alegró al ver que Mauricio se reanimaba al pensar que podría cenar.

—¡Pues no, no sé cómo matarlo sin hacerle daño!...

—¡Pues á mí poco me importa!—dijo Lapouille.—¡Ahora veréis!

Cuando los dos se sentaron en la zanja volvieron á esperar. De vez en cuando se levantaba uno, se aseguraba de que el caballo estaba allí, con el cue-

llo tendido hacia el Meuse para respirar la fresca brisa. Después llegó el crepúsculo lentamente; los seis hombres se levantaron impacientados por aquella espera, mirando á todas partes para ver si los vigilaban.

—¡Ahora es la ocasión!—dijo Chouteau.

El campo estaba aun claro, con una claridad precursora de las sombras de la noche. Lapoulle echó á correr seguido por los otros cinco. Había cogido una piedra grande y redonda, se tiró sobre el caballo y empezó á machacarle el cráneo, moviendo los brazos como si tuviera una maza. Pero al segundo porrazo el caballo hizo un esfuerzo para ponerse en pie. Chouteau y Loubet se echaron sobre sus piernas para tratar de sujetarlo y pedían á los demás les ayudaran. El caballo relinchaba con voz casi humana, se movía, los hubiera destrozado si no hubiese estado medio muerto de inanición. Pero su cabeza se movía demasiado y Lapoulle no acertaba á rematarle.

—¡Vaya unos huesos duros!... sujetadle para que le acabe.

Juan y Mauricio no hacían caso de las palabras de Chouteau, permanecían impassibles, sin tomar parte en la matanza.

Y Pache, bruscamente en un arranque instintivo de religiosa piedad, cayó en tierra de rodillas, con las manos juntas y empezó á rezar, como si estuviera á la cabecera de un moribundo.

—Señor, tened piedad de él...

Otra vez más Lapoulle dió un golpe en falso; sólo arrancó una oreja al pobre caballo que relinchó dolorosamente.

—¡Aguarda, aguarda!—gruñó Chouteau.—Hay que acabar de una vez, nos haría coger... ¡No lo sueltes, Loubet!

Acababa de sacar una navajita y de rodillas, sobre el cuerpo del caballo, sujetando con un brazo

la cabeza, metió la navajita en el cuello, cortó pedazos de carne hasta que encontró y cortó la arteria. De un salto se levantó y la sangre empezó á chorrear como si fuera el caño de una fuente, mientras que las patas se movían y un estremecimiento agitaba todo el cuerpo. Tardó cinco minutos en morir. Sus grandes ojos se fijaban en los que le rodeaban aguardando su muerte.

—Dios mío,—murmuraba Pache de rodillas,—socorredle...

Después, cuando murió, fueron las dificultades para sacar un buen pedazo. Loubet que había hecho todos los oficios indicaba cómo había que arreglárselas para sacar el filete. Pero carnicero torpe, y no teniendo más que la navajita, se perdió en aquella carne caliente. Y Lapoulle, impaciente, se puso á ayudarle abriendo el vientre sin necesidad alguna y la carnicería fué horrible. Rebuscaban ferozmente entre la sangre y las entrañas, como lobos.

—No sé qué pedazo será éste,—dijo Loubet, levantándose con un enorme trozo de carne,—pero creo que con esto tendremos para hartarnos.

Juan y Mauricio, horrorizados, volvieron la cabeza. Pero siguieron á los otros cuando se alejaron del caballo, para que no los sorprendieran. Chouteau encontró tres remolachas olvidadas. Loubet, para quedar libre echó la carne sobre los hombros de Lapoulle mientras que Pache llevaba la marmita de la escuadra. Y los seis corrían, corrían sin tomar aliento, como si los persiguieran.

De pronto Loubet se detuvo.

—Esto es tonto, sería necesario saber dónde vamos á guisar esto.

Juan, tranquilo ya, propuso fuese en las canteiras. Estaban á unos trescientos metros y había allí algunos agujeros escondidos donde podrían encender lumbre sin ser vistos. Pero cuando llegaron allí

se presentaron muchas dificultades. Primero la carencia de leña, pero encontraron la carretilla de un peón caminero y Lapouille la hizo pedazos con los tacones. Después fué el agua potable de que se carecía en absoluto. Durante el día, el sol había secado los pequeños depósitos de agua de lluvia. Había una fuente, pero estaba muy lejos, en el palacio de la Tour á Glaire y había que hacer cola hasta media noche para coger un poco. En cuanto á los pozos, estaban agotados hacía dos días y no se sacaba más que barro. Sólo quedaba el agua del Meuse, cuyo ribazo se encontraba al otro lado del camino.

—Voy allá con la marmita,—dijo Juan.

Todos se opusieron.

—¡Ah! no, no queremos envenenarnos.

¡Está lleno de cadáveres!

El Meuse, en efecto, acarreaba cadáveres de hombres y de caballos. Se veían pasar á cada instante, con el vientre hinchado, verdosos, descompuestos. Muchos se paraban en las hierbas, en los bordes, envenenando el aire. Todos los soldados que habían bebido de aquella agua, habían tenido náuseas y disentería.

Había que resignarse. Mauricio explicó que después de cocida, el agua no era peligrosa.

—Entonces voy á buscarla,—dijo Juan, llevándose á Lapouille.

Cuando la marmita estuvo en el fuego, llena de agua con la carne dentro, ya era de noche. Loubet peló las remolachas, para hacerlas caer con el caldo; era aquello un guiso endiablado; todos atizaban la lumbre. Sus grandes siluetas se reflejaban en las rocas. Después no pudieron resistir más, se echaron sobre el caldo inmundo y se distribuyeron la carne, partiéndola con los dedos. Pero á pesar de todo, con la falta de sal, aquella carne les repugnaba y el estómago no podía resistir aquella

comida sosa, á medio cocer, con gusto de arcilla. En seguida empezaron á vomitarla. Pache no pudo continuar comiendo. Chouteau y Loubet insultaban al caballo que después de darles tanto trabajo ahora les daba cólicos. El único que comió copiosamente fué Lapouille, pero estuvo á punto de reventar durante la noche, cuando volvió con los otros para dormir, bajo los árboles del canal.

En el trayecto, Mauricio, sin decir una palabra, agarró el brazo de Juan y se lo llevó por un sendero. Los compañeros le disgustaban y había tenido la idea de ir á dormir en el pequeño bosque donde había pasado la primera noche. Era una buena idea que Juan aprobó, cuando echado sobre la tierra seca empezó á dormir. Al día siguiente se despertaron muy tarde. El descanso les devolvió las fuerzas.

Habían llegado al jueves y estaban allí desde el domingo. No sabían cómo vivían, pero el tiempo hermoso que parecía haberse asegurado, les dió mucho ánimo. Juan decidió á Mauricio á pesar de su repugnancia á volver á la orilla del canal para saber si su regimiento marchaba aquel día. Cada día salían prisioneros por columnas de mil doscientos hombres, á los que dirigían sobre las plazas fuertes de Alemania. La antevíspera habían visto delante del puesto prusiano, un convoy de oficiales y de generales, que iban á Pont á Mousson, para tomar el ferrocarril. Todos tenían ganas de abandonar cuanto antes aquel Campo de la Miseria. ¡Cuándo les tocaría á ellos el turno! Y cuando encontraron al 106.º acampado en el ribazo, en el desorden creciente de tantos sufrimientos, se desesperaron.

Sin embargo, aquel día, Juan y Mauricio creyeron que comerían. Desde por la mañana se había establecido un comercio entre los bávaros y los prisioneros, por encima del canal: los prisioneros

les echaban dinero en un pañuelo, y ellos les envolvían en el mismo un pedazo de pan y un poco de tabaco. Hasta los soldados que no tenían dinero, habían logrado hacer negocio, tirándoles sus guantes blancos de ordenanza que los bávaros recibían con gusto. Durante unas dos horas, ese comercio extraño se realizó sin tropiezos. Mauricio que habla tirado una moneda de á duro bien envuelta en su corbata; pero el bávaro que le echaba el pan, lo tiró tan torpemente con buena ó mala intención, que fué á parar al río. Entonces los alemanes se echaron á reír. Dos veces Mauricio quiso repetir y dos veces el pan cayó al agua. Después, atraídos por las risas, acudieron los oficiales, y prohibieron á los alemanes vendieran nada á los prisioneros. El comercio cesó. Juan tuvo que aplacar á Mauricio, que amenazaba con los puños á los ladrones, pidiéndoles le devolvieran el dinero.

El día aquel, á pesar del hermoso sol, fué terrible. Hubo dos alertas, dos llamadas de corneta, que hicieron á Juan acudir bajo el cobertizo, donde se debían repartir provisiones. Pero las dos veces sólo lo recibió empujones. Los prusianos, tan admirablemente organizados, continuaban dando pruebas de una incuria brutal hacia el ejército prisionero. Con las reclamaciones de los generales Douay y Lebrun, hicieron llevar algunos carneros, y algunos carros de panes; pero tomaban tan mal las precauciones que los carneros desaparecían y los carros eran saqueados, cerca del puente, de modo que los soldados acampados á más de cien metros no recibían nada. Sólo los merodeadores podían comer. Así es que Juan, comprendiendo la trampa, se llevó á Mauricio cerca del puente, para cazar la comida.

Eran ya las cuatro y nada habían comido, en aquel hermoso día, cuando tuvieron la alegría de ver á Delaherche. Algunos vecinos de Sedan obte-

nían permiso para ver á los prisioneros á los que llevaban provisiones. Cuando conocieron de lejos á Delaherche cargado con una cesta se echaron sobre él; pero aún llegaron tarde, hubo tal oleada que la cesta y un pan desaparecieron, sin que el fabricante pudiera darse cuenta de lo ocurrido.

—¡Pobres amigos!—baluceó, estupefacto,—¡yo que venía tan contento!

Juan se había apoderado del pan y lo defendía; y mientras que Mauricio y él lo comían, sentados en la orilla del camino, Delaherche les daba noticias. Su mujer, á Dios gracias, estaba muy bien. Pero el estado del coronel le inspiraba serios cuidados. Estaba muy abatido, aunque su madre le acompañaba noche y día.

—¿Y mi hermana?—preguntó Mauricio.

—¡Su hermana, es verdad!... Me acompañaba, era ella la que traía los dos panes. Pero había tenido que quedarse al otro lado del canal, pues no la habían dejado pasar... Ya saben ustedes que los prusianos han prohibido que entren mujeres en la península.

Entonces habló de Enriqueta, de lo que había intentado para ver á su hermano y auxiliarle. Una casualidad la había puesto en presencia del primo Gunther, el capitán de la guardia prusiana. Pasaba con su aire altanero y duro haciendo como que no la conocía. Ella misma se había escapado, como si fuera uno de los asesinos de su marido. Después, sin saber cómo, volvió hacia él, le alcanzó y le contó todo, la muerte de Weiss. Y no se había conmovido al saber la muerte horrible de su pariente: esas eran cosas de la guerra, á él también hubieran podido matarle. Después cuando le habló de su hermano, que estaba prisionero y le suplicó interviniera para que le dejaran verlo, se negó en absoluto. La orden era formal; hablaba de la voluntad alemana como de una religión. Al separar-

se de él, tuvo la sensación de que se creía en Francia como un justiciero, con la intolerancia burlona del enemigo hereditario, que aumentaba con el odio hacia la raza á quien castigaba.

—De todos modos,—terminó diciendo Delaherche,—esta tarde habéis comido; y lo que me desespera es que temo mucho no poder obtener otro pase.

Les preguntó si tenían que hacerle algún encargo, se ofreció á llevar algunas cartas escritas con lápiz, que le entregaron otros soldados, porque habían visto que los bávaros encendían sus pipas con las cartas que habían ofrecido llevar al correo.

Después cuando Juan y Mauricio le acompañaron hasta el puente, Delaherche les dijo:

—¡Allí está, allí está Enriqueta!...

¿No veis como mueve el pañuelo?

Más allá de la línea de lo centinelas, entre el gentío, se distinguía una silueta menuda, un punto blanco que palpitaba al sol. Y los dos muy emocionados, llorando, levantaron los brazos y contestaron al saludo.

El día siguiente, un viernes, fué el peor para Mauricio. Después de una noche tranquila en el bosque, había tenido la suerte de comer pan, pues Juan había descubierto, en el palacio de Villette, una mujer que lo vendía á diez francos la libra. Pero aquel día presenciaron una escena horrorosa, cuya pesadilla conservaron mucho tiempo.

La víspera, Chouteau había notado que Pache no se quejaba, estaba contento, como un hombre que hubiese satisfecho el hambre. En seguida comprendieron que debía tener algún escondite, tanto más, cuanto que aquella mañana lo habían visto alejarse durante una hora, y reaparecer después, satisfecho, con la boca llena aún. Con seguridad, le había caído alguna ganga, había encontrado provisiones.

Y Chouteau exasperaba á Loubet y Lapoulle, á este último especialmente. ¡Vaya una mala persona, si era verdad que tenía que comer y no daba parte á los compañeros!

—Esta tarde vamos á seguirle...

Veremos si tiene valor para comer solo, cuando nos morimos de hambre á su lado.

—¡Sí, sí, eso es, le seguiremos!—repetía con violencia Lapoulle;—¡ya veremos si se atreve!

Apretaba los puños, la sola esperanza de comer le volvía loco. Su gran apetito le torturaba más que á los otros, y era tanto lo que sufría que había intentado comer yerba. Desde la antevíspera, desde la noche que había comido carne de caballo, con remolachas, lo que le produjo disenteria, estaba en ayunas; tan torpe era, que á pesar de sus hercúleas fuerzas no había podido coger nada al lado del puente. Hubiera pagado con sangre una libra de pan.

Al anochecer, Pache desapareció, por entre los árboles de la Tour á Glaire, y los otros tres desfilaron detrás de él.

—Que no nos vea,—decía Chouteau.—Mucho ojo.

Pero unos cien pasos más allá Pache debió creerse libre, porque echó á andar más rápidamente, sin mirar hacia atrás. Y pudieron seguirle hasta las canteras, llegaron detrás de él, en el momento en que separaba dos piedras para coger la mitad de un pan que se hallaba debajo. Era lo último de sus provisiones y tenía para hacer una comida.

—¡Canalla!—aulló Lapoulle,—¡para eso te escondes!... ¡Vas a darme eso, es mi ración!

Dar su pan, ¿por qué? Aunque era muy pequeño, tuvo valor para ponerse en pie y apretaba el pan contra su pecho, con todas sus fuerzas. El también tenía hambre.

—¡Déjame en paz! ¿lo oyes? Esto es mío.

Después, al ver á Lapouille que le amenazaba con los puños, echó á correr, por entre las canteras, hacia Donchery. Los otros tres le perseguían, á escape. Pero ganaba terreno, el miedo le daba alas tanto que parecía que le llevaba el aire. Había recorrido un kilómetro, se acercaba al bosque, á la orilla del agua, cuando se encontró á Juan y Mauricio, que volvían al sitio donde debían pasar la noche. Les pidió auxilio sin dejar de correr, mientras que éstos, sin darse cuenta de lo que significaba aquella caza al hombre, se quedaron parados.

Y así lo vieron todo.

Pache tuvo la desgracia de tropezar en una piedra y cayó. Los otros tres llegaban jurando, aullando como lobos hambrientos, persiguiendo una presa.

—¡Dame eso, bandido! gritó Lapouille, ó acabo contigo.

Y alzaba la mano para pegarle, cuando Chouteau, sacó la navajita abierta, que le había servido para sangrar el caballo.

—¡Toma el cuchillo!

Pero Juan había echado á correr, para evitar una desgracia, perdiendo la cabeza él también, pues hablaba de meterlos en el calabozo; y Loubet cuando oyó tal cosa, le trató de prusiano, pues como no había jefes, los prusianos eran los únicos que mandaban.

—¡Dame eso, bandido! repetía Lapouille. ¿Quieres dármele?

A pesar del terror, Pache apretó más el pan contra su pecho, obstinado como aldeano hambriento que no suelta nada de lo que le pertenece.

—¡No!

Entonces se acabó todo, el bruto de Lapouille la hundió el cuchillo en la garganta con tal violencia que el desgraciado no pudo lanzar un grito. Sus

brazos se estiraron y el pan rodó por tierra manchándose con la sangre.

Ante aquel crimen, imbécil y loco, Mauricio, inmóvil hasta entonces, pareció ser presa de súbita locura. Amenazaba á los tres hombres, los trataba de asesinos con tal vehemencia que todo su cuerpo temblaba. Pero Lapouille parecía que no le oía. Se había quedado en tierra cerca del cadáver de Pache, devoraba el pan, salpicado de gotas de sangre; tenía un aspecto de estupidez salvaje como atontado por el ruido de sus mandíbulas, mientras que Loubet y Chouteau, al ver su aspecto feroz satisfaciendo su hambre no se atrevían á reclamarle su parte.

Era completamente de noche, una noche clara con hermoso cielo estrellado; Mauricio y Juan que habían regresado al bosque, solo vieron á Lapouille rondando á la orilla del Meuse. Loubet y Chouteau habían desaparecido para volver al canal, inquietos por aquel cadáver que dejaban detrás de ellos. Lapouille, al contrario, parecía temer ir á unirse á ellos. Después del aturdimiento del crimen, fatigado por la digestión del grueso pedazo de pan, comido demasiado de prisa, era presa de una angustia que le hacía agitarse, no atreviéndose á pasar por el camino que le cerraba el cuerpo de Pache; iba de aquí para allá sobre el ribazo sin saber qué hacer. ¿Era el remordimiento que se despertaba en el fondo de aquella inteligencia inculta? ¿ó era solo el miedo de que le descubrieran? Iba y venía como una fiera ante los hierros de la jaula, con el deseo de huir, que aumentaba por momentos, una necesidad dolorosa de huir, como si fuera un mal físico del que tuviera que morir. Tenía que salir á escape de aquella cárcel donde había matado á un hombre. Sin embargo, se dejó caer al suelo y durante mucho tiempo estuvo echado sobre las hierbas.

Exasperado Mauricio decía á Juan:

—Oye, no puedo seguir aquí por más tiempo. Te aseguro que me voy á volver loco... Me extraña que el cuerpo haya resistido, no estoy mal de salud. Pero la cabeza se va. Si me dejas aquí un día más en este infierno soy hombre perdido... marchémonos, vámonos en seguida!

Y empezó á explicarle planes extravagantes para evadirse. Iban á atravesar el Meuse á nado, echarse sobre los centinelas, estrangularlos con un pedazo de cuerda que tenía en el bolsillo, y sino los matarían á pedradas ó los comprarían con dinero, se pondrían sus uniformes para pasar las líneas prusianas.

—Cállate, hombre, decía Juan, me da miedo oírte decir tales tonterías. ¿Estás en tu juicio? ¿Puede hacerse nada de lo que dices?... Mañana veremos. ¡Cállate ahora!

Juan, á pesar de que estaba muy disgustado y muy aplanado, conservaba su prudencia á pesar de la debilidad y de las pesadillas causadas por el hambre. Y como su compañero, medio loco, se quería tirar al Meuse, tuvo que agarrarle, regañarle con lágrimas en los ojos. De pronto dijo:

—¡Mira!

Se había oído un ruido en el agua. Vieron á Lapouille que se había decidido á echarse al río después de quitarse el capote para que no le molestase; y su camisa blanca hacía que se le viera muy bien en la semi oscuridad. Nadaba, subía lentamente, observando el sitio á donde podría abordar, mientras que sobre la otra orilla se distinguían las siluetas de los centinelas inmóviles. Rasgando la noche apareció un rayo, después se oyó un tiro. El agua se movió muy poco. Y fué todo; el cuerpo de Lapouille, la mancha blanca, empezó á bajar, abandonada á la corriente.

Al día siguiente, un sábado, Juan llevó á Mauricio al lugar donde acampaba el 106º con la espe-

ranza de salir aquel día. Pero no había órdenes, el regimiento estaba como olvidado. Muchos se habían ido, la península de Iges se vaciaba y los que allí quedaban caían enfermos. Desde hacía ocho días la demencia germinaba y subía en aquel infierno. Al acabarse las lluvias y con el sol de plomo, sólo habían cambiado de suplicio. Los excesivos calores acababan por agotar las fuerzas de los prisioneros, dando á los casos de disentería un carácter epidémico grave. Las deyecciones, los excrementos de todo aquel ejército enfermo envenenaban el aire con emanaciones infectas. No se podía ir por las orillas del Meuse, tal era el olor que despedían los cadáveres de los soldados ahogados y de los caballos muertos que se pudrían entre las hierbas de las orillas. Y en los campos, los caballos muertos de inanición se descomponían, soplando tal aire de peste que los prusianos, que tenían por su vida, habían llevados palas y azadones obligando á los prisioneros á enterrar los cuerpos.

Aquel sábado cesó la penuria. Como eran menos numerosos y los víveres llegaban de todas partes, pasaron de un golpe de la mayor escasez á la mayor abundancia. Tuvieron cuanto querían de pan, carne y aun vino, y se dieron un atracón de comer desde el amanecer hasta que anocheció. Llegó la noche y siguieron comiendo, y se comió aun hasta el amanecer del día siguiente. Muchos reventaron.

Durante aquel día Juan no hizo más que vigilar á Mauricio á quien creía capaz de todas las locuras. Había bebido bastante y hablaba de abofetear á un oficial alemán para que se lo llevaran. Y por la noche, Juan que había encontrado en las dependencias de la Tour á Glaire un rincón libre en una cueva, creyó prudente ir á pasar allí la noche con su compañero, á quien el sueño acaso devolvería la tranquilidad de espíritu. Pero fué la noche más horrenda de su estancia en la península, una noche

espantosa durante la cual no pudieron cerrar los ojos. Otros soldados llenaban la cueva; dos se habían echado en un rincón y se morían atacados de disentería; y cuando la oscuridad fué completa no cesaron las quejas, los lamentos, los estertores de la agonía.

En las tinieblas los estertores adquirían tal horror, que los soldados, acostados unos al lado de los otros, gritaban á los moribundos se callaran y los dejaran dormir, muy incomodados. Estos no los oían y el estertor volvía á dejarse oír, dominándolo todo, mientras que de fuera llegaban los clamores de las borracheras de los compañeros que seguían comiendo sin poder hartarse.

Entonces empezaron las angustias de Mauricio. Había intentado huir de aquel antro de horror que hacía correr por su piel un sudor frío, pero como se levantaba á tientas, había pisado unos miembros y había vuelto á caer á tierra entre aquellos moribundos. Y no trataba de escapar. Se evocaba en él todo el horrible desastre, desde la salida de Reims hasta el aniquilamiento de Sedan. Le parecía que la pasión del ejército de Chalons acababa solo en aquella noche, en la noche oscura de aquella cueva donde agonizaban dos soldados que no dejaban dormir á los compañeros. El ejército de la desesperación, el rebaño expiatorio, enviado en holocausto, había pagado las culpas de todos con la oleada roja de su sangre en cada una de las estaciones. Y ahora, muerto sin gloria, cubierto de oprobio, caía en el martirio bajo aquel castigo que no había merecido. Era demasiado, se encolerizaba sediento de justicia, con ansias de vengarse del destino.

Cuando amaneció uno de los soldados había muerto, el otro agonizaba aún.

—Vámonos, Mauricio, iremos á tomar el aire; será mucho mejor, dijo Juan.

Pero fuera, con la hermosa y cálida mañana,

cuando los dos se encontraron cerca de la aldea de Iges, Mauricio se exaltó más aún, con el puño amenazando allá, al inmenso campo de batalla, la meseta de Illy en frente, Saint Menges á la izquierda, el bosque del Garenne á la derecha.

—¡No, no! no puedo ver más tiempo eso! El tener eso delante de mi vista me taladra el corazón y el cerebro... ¡Llévame de aquí en seguida, pero en seguida!

Aquel día era domingo, las campanadas de Sedan llegaban á todo vuelo, mientras que se oía á lo lejos una música alemana.

El 106º no había recibido órdenes, y asustado Juan por el delirio de Mauricio, se decidió á poner en práctica un medio que venía meditando. Delante del puesto prusiano, sobre el camino, se preparaba una salida de prisioneros, la de otro regimiento, el 5.º de línea. Reinaba gran confusión en la columna de la que un oficial, que hablaba muy mal el francés no lograba hacer la lista. Y habiéndose arrancado del uniforme el número y los botones, pasaron el puente y se encontraron fuera. Sin duda Chouteau y Loubet habían tenido la misma idea porque los vieron detrás de ellos, con sus miradas de asesinos, inquietos.

¡Qué desahogo! en aquel primer instante feliz. Fuera parecía una resurrección, la luz brillante, el aire sin límites, el despertar florido de todas las esperanzas. Cualquiera que fuera su desgracia ahora no la temían, se reían al salir de aquel horrible campamento de la Misericordia.

III

Por última vez, por la mañana, Juan y Mauricio acababan de oír los toques alegres de las cornetas francesas, y marchaban ahora camino de Alemania entre el rebaño de prisioneros á los que precedían